

LA GUERRA EN MARX, ENGELS Y CLAUSEWITZ: APUNTES INTRODUCTORIOS

JUAN MANUEL ZEBALLOS*

Introducción

Este ensayo tiene un carácter propedéutico. Es una primera aproximación de corte teórico a los estudios sociales de la guerra desde las conceptualizaciones de dos perspectivas clásicas. En tal dirección, se recuperan los postulados de, por una parte, Marx y Engels –sobre la base diversos textos de la producción de ambos reunidos como un bloque o conjunto–¹, y, por la otra, Clausewitz, en función de su obra *De la guerra*, para responder a una interrogante fundamental: ¿cómo era pensado el fenómeno guerrero desde estas ópticas?

De esta manera, se retoman y vinculan dos concepciones tradicionales sobre la guerra: aquella que histórica y sociológicamente la supedita a la materialidad de las relaciones sociales de producción y la que, sociológicamente, le atribuye un carácter político.

Dada las diferencias de magnitudes, pero también de contenido y alcances, entre una teoría general del desarrollo histórico de las sociedades y un tratado específico sobre la guerra, el factor vertebrador del presente texto es la concepción materialista de la historia: sobre esta como telón de fondo se contrastarán las proposiciones de Clausewitz. El primer abordaje lo conforman el lugar de la guerra en

la historia y su materialidad. El segundo eje está integrado por tres elementos: la guerra en cuanto acontecimiento político, su carácter instrumental y su función (económica o política, según la mirada). Una tercera cuestión es la inclusión de la guerra dentro del espectro de la violencia y el rol que ostentan algunas de las manifestaciones de esta última. Y, finalmente, la evaluación moral sobre el evento bélico.

La propuesta analítica reside en la determinación tanto de las nociones e hipótesis como de las relaciones y consecuencias implicadas en las dos miradas enunciadas, al tiempo que su articulación y comparación.

Los objetivos consisten en: a) precisar los rasgos principales que conforman la concepción de la guerra tanto en Marx-Engels como en Clausewitz; b) vincular los conceptos que intervienen en ambas posturas, y c) determinar sentidos, alcances, compatibilidades, matices y divergencias.

Las preguntas-problemas son las siguientes: más allá de las diferencias de escalas e intereses en la producción intelectual, las visiones acerca del fenómeno bélico de Marx-Engels y Clausewitz, ¿son plausibles de articulación? ¿Cómo caracterizaron a la guerra? ¿Qué elementos tanto en común como diferentes

* Lcdo. en Historia y Doctorando en Antropología Social. Profesor Asistente en la Cátedra de Antropología Social y Cultural de la Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (U.N.C.), Córdoba, Argentina. Correo-e: juan.manuel.zeballos@unc.edu.ar

presentan? ¿Qué otros factores se detectan en ambos enfoques?

En este sentido, las hipótesis a probar son:

1. Los postulados del conjunto Marx-Engels y de Clausewitz son, en alguna medida, compatibles.
2. Tanto Marx y Engels como Clausewitz entienden la guerra como, en primer lugar, un fenómeno político y, en segundo término, un medio y no un fin en sí misma. Sin embargo, divergen en dos aspectos. Por un lado, y medularmente, en la concepción de la esfera política: violenta para los primeros y pacífica para el segundo. Y, por el otro, en el objetivo de la guerra: material (comercial, productivo) para Marx y Engels, político para Clausewitz.
3. Ambos enfoques involucran miradas dialécticas, aunque en Clausewitz, por momentos, ello es contradictorio.
4. Ninguna de las posturas formaliza una valoración moral de la guerra —lo que no invalida que pudiesen haber tenido un juicio privado de tal carácter—.

Asimismo, dado que en este trabajo se alude a la dialéctica, resulta conveniente formular, aunque brevemente, precisiones al respecto. Engels (2020) la caracterizó como la “ciencia de la concatenación total” (p. 2), que se asienta en “leyes fundamentales” (p. 2):

... trueque de cantidad y cualidad; mutua penetración de las antítesis polares y trueque de la una en la otra, si se las lleva hasta su extremo; desarrollo a través de la contradicción, o negación de la negación; forma de desarrollo en espiral. (p. 2)

Partiendo de ello, cuando se haga mención a la dialéctica, se estará refiriendo a las relaciones que se detectan entre algunos de los elementos —equiparables a las “leyes”— que integran una situación específica. Es decir, los influjos, los condicionamientos, la causalidad, etc., entre los factores que intervienen en una relación determinada. Por ejemplo, los vínculos entre lo que Marx y Engels consideraban la base económica y las superestructuras político-jurídica e ideológica eran de carácter dialéctico². Esto significa que en el marco de una relación entre elementos diferentes: economía, política, ideología —todos componentes de una formación social determinada y separables solo en términos teóricos y analíticos—, estos se influyen mutuamente. Vale decir, no conforman compartimentos estancos, sino que están entrelazados. Sin embargo, la vinculación no es unidireccional. Ahora bien, a pesar de que la relación no se reduce a un único sentido, en función del prisma materialista, lo económico ostenta preponderancia sobre los demás elementos y, aunque no es determinante, sí es un gran condicionante.

Desarrollo

Para los fundadores del materialismo histórico resultó primordial determinar la vinculación existente entre guerra e historia o, dicho con mayor precisión, el papel de la primera en la segunda. En uno de los textos fundacionales y cardinales, elaborado conjuntamente, se puede leer:

Nada más usual que la idea de que en la historia [...] todo ha consistido en la acción de tomar. Los bárbaros tomaron el Imperio romano, y con esta toma se explica el paso del mundo antiguo al feudalismo. Pero [...], se trata de saber si la nación tomada por ellos había llegado a desarrollar fuerzas productivas industriales

como ocurre en los pueblos modernos, o si sus fuerzas productivas descansaban, en lo fundamental, simplemente sobre su unión y sobre la comunidad. El acto de tomar se halla, además, condicionado por el objeto que se toma. La fortuna de un banquero consiste en papeles, no puede en modo alguno ser tomada sin que quien la tome se someta a las condiciones de producción y de intercambio del país tomado. Y lo mismo ocurre con todo el capital industrial de un país industrial moderno. Finalmente, la acción de tomar se termina siempre muy pronto, y cuando ya no hay nada que tomar necesariamente hay que empezar a producir. Y de esta necesidad de producir, muy pronto declarada, se sigue el que la forma de la comunidad adoptada por los conquistadores instalados en el país tiene necesariamente que corresponder a la fase de desarrollo de las fuerzas productivas con que allí se encuentran o, cuando no es ese el caso, modificarse a tono con las fuerzas productivas. (Marx & Engels, 1974, pp. 74-75)

Marx y Engels proponen analizar el devenir histórico escapando de la, por entonces, frecuente premisa de las sucesivas conquistas militares como piedra angular de tal movimiento. Y en esta dirección, en primer lugar y fundamentalmente, reemplazan el eje del fenómeno guerrero por el de las relaciones sociales de producción. Estas configuran el principio de inteligibilidad de la historia mundial³ –toda vez que las contradicciones entre las formas de propiedad y el desarrollo de las fuerzas productivas constituyen la potencia propulsora de la historia–⁴. Se podría decir que la historiografía política centrada en la idea de pueblos, naciones, que guerrean, someten y se apropian es sustituida por la de la materialidad de pueblos, naciones, en cuanto fuerza productiva: fuerza de trabajo socialmente organizada⁵. En segundo término y consecuentemente, vinculan la acción bélica a la esfera productiva, otorgándole a la guerra un contenido materialista.

La propuesta materialista cuenta con cuatro argumentos. Primeramente, la posesión por sí sola no reporta beneficio material alguno, sino que lo hace cuando es puesta a producir –tomando el caso de la producción agraria, la tierra es condición necesaria mas no suficiente para la producción, ya que esta indefectiblemente precisa de una organización social enfocada en tal objetivo–, y las sociedades para sobrevivir deben indispensable y permanentemente (tanto en los períodos de paz como en los de guerra) generar sus medios de subsistencia. En segundo lugar, para que un producto pueda ser apropiado, debe haber sido previamente fabricado por el trabajo. En tercer término, los instrumentos necesarios para la guerra, las armas, también son parte del conjunto total de la producción social –“la producción de armas [...] se funda en la producción en general” (Engels, 1968, p. 68)–. Y finalmente, es el desarrollo de las capacidades productivas lo que condiciona el triunfo militar: “la victoria de la fuerza se basa por tanto en la ‘potencia económica’, en la ‘situación económica’, en los medios materiales que tienen la fuerza a su disposición (Engels, 1968, p. 68).

Ahora bien, con relación a los últimos dos aspectos se puede establecer una primera articulación con la mirada de Clausewitz (2020): aunque no vinculó la guerra a las capacidades productivas o la potencia económica, al señalar que “la fuerza, para enfrentarse a la fuerza, recurre a las creaciones del arte y de la ciencia” (p. 8) alude tácitamente al desarrollo tecnológico-productivo especializado en la materia.

Pero, más allá de descentrarla como palanca que jalona la historia y de establecer sus raíces materiales –aunque tal vez por ello–, e

inclusive al margen de las rotulaciones tales como “guerras de piratería” (Marx, 2007, p. 22), “guerra de rapiña” (Engels, 2012, p. 94), “guerra de conquista” (Marx, 2007, p. 31), “guerra de razas” (Marx, 2007, p. 37), “guerras comerciales” (Engels, 1968, p. 112), el conjunto Marx-Engels no introduce una definición sobre la guerra. Sin embargo, la incluyen en el espectro de la violencia: la guerra como una forma, entre otras, de violencia (Engels, 1968). Más adelante se retomará la cuestión de la violencia.

El aspecto definicional posibilita un segundo parangón con Clausewitz (2020), quien, evitando una definición “altisonante”, afirmó: “la guerra no es más que un duelo en una escala más amplia” (p. 7). Con todo, en el militar prusiano también se puede reconocer cierta contradicción en referencia al método dialéctico. La equiparación de lo colectivo a lo individual es un reduccionismo que solapa la diferencia cualitativa existente entre ambas situaciones. El razonamiento va a contramano de la primera de las “leyes” de la dialéctica: cambios cuantitativos llegados a cierto grado dan lugar a un salto cualitativo. No obstante, Clausewitz (2020) muestra, en páginas posteriores, un sesgo dialéctico, mediante la influencia mutua de los dos opuestos en pugna involucrados en una relación (segunda de las “leyes”):

... los adversarios se justifican uno al otro, y esto redundante en acciones recíprocas llevadas por principio a su extremo. [...] nos hallamos aquí ante una acción recíproca. Mientras no haya derrotado a mi oponente, tengo que albergar el temor de que sea él quien pueda derrotarme. Por tanto, no soy ya dueño de mí mismo, sino que aquél me justifica, al tiempo que yo lo justifico a él. Es esta la segunda acción recíproca que conduce a un segundo caso extremo. (pp. 10-11)

Por lo demás, el fenómeno bélico es intrínsecamente un evento político en virtud de la dominación que implica. Y ese ejercicio de dominio, para los fundadores del materialismo histórico, es el carácter por excelencia de la esfera política. De allí, pues, la descripción del “poder político”, es decir, del Estado: “la violencia organizada de una clase para la opresión de otra” (Marx & Engels, 2011, p. 58), en que se destaca la condición violenta de la esfera político-estatal por el ejercicio de dominación que conlleva y que, en último término, descansa en la fuerza.

Clausewitz (2020), asimismo, al describir la guerra como “un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad” (p. 8), explicita la dominancia que conllevaba. Y, en tal sentido, también considera la guerra una expresión de la política: “todas las guerras tienen que ser consideradas como actos políticos” (p. 26). Y lo son en la medida que, por una parte, sus motivos son tenidos asimismo como políticos y, por la otra, la fuerza desatada continúa subordinada a la política, nunca la domina ni la suplanta:

La guerra entablada por una comunidad —la guerra entre naciones enteras—, y particularmente entre naciones civilizadas, surge siempre de una circunstancia política, y no tiene su manifestación más que por un motivo político. Es, pues, un acto político. Ahora bien, si en sí misma fuera un acto completo de violencia, como hubo que deducir considerándola en su concepción pura, en cuanto se pusiera de manifiesto por medio de la política ocuparía el lugar de ésta y, como algo completamente independiente de ella, la descartaría y sólo se regiría por sus propias leyes. (Clausewitz, 2020, pp. 23-24)

El carácter político de la guerra determina, a su vez, la necesidad de que su conducción sea política también:

Si es cierto que la guerra tiene su origen en un objetivo político, resulta que ese primer motivo, que es el que la promueve, constituye, de modo natural, la primera y más importante de las consideraciones que deben ser tenidas en cuenta en la conducción de la guerra. [...] La política [...] asumirá un papel en la acción total de la guerra, y ejercerá una influencia continua sobre ella, hasta donde lo permita la naturaleza de las fuerzas explosivas que contiene. (Clausewitz, 2020, p. 24)

Y es este mando lo que “garantiza” la calidad que alcance la guerra: “si la guerra pertenece a la política, adquirirá naturalmente su carácter. Si la política es grande y poderosa, igualmente lo será la guerra, y esto puede ser llevado al nivel en que la guerra alcanza su forma absoluta” (Clausewitz, 2020, p. 233). Asimismo, el general prusiano argumentaba a favor de la dirección política de la guerra, por considerarla una constante que se verifica empíricamente:

La experiencia nos enseña también que, pese a la gran diversidad y el desarrollo del sistema de guerra actual, el esquema principal de una guerra ha sido determinado siempre por el gobierno, o sea, expresado en lenguaje técnico, por un organismo puramente político y no por uno militar. Se halla completamente en la naturaleza de las cosas. (Clausewitz, 2020, p. 235)

El vínculo entre guerra y política también se identifica en el impacto que tienen, sobre la primera, las transformaciones en la segunda:

Los cambios reales en el arte de la guerra son también consecuencias de las alteraciones en la política, y lejos de ser un argumento para la posible separación de una y otras constituyen, por el contrario, una evidencia muy intensa de su íntima conexión. (Clausewitz, 2020, p. 239).

Y ello es coincidente con cierto pasaje escrito por Engels (1968): “la Revolución francesa completó también en el terreno militar lo

que había iniciado la Revolución americana; tampoco podía oponer a los ejércitos coligados, sino masas mal ejercitadas, pero numerosas; la leva de la nación entera” (p. 69).

Así las cosas, es pues esta mirada sobre el relacionamiento entre guerra y política lo que le allana el camino a Clausewitz (2020) para enunciar la hipótesis de que “la guerra es una mera continuación de la política por otros medios (p. 24). Pero esta fórmula merece un análisis. En función del enunciado, la política posee, de alguna manera, un contenido no violento. La fuerza (violencia) directa, al no intervenir de manera fundamental en la política como práctica o dimensión, deja de ser parte integrante de esta. Así, por ejemplo, la guerra es el reverso de la diplomacia, que es política (exterior) propiamente dicha, lo que de algún modo se desprende de la expresión: “el arte de la guerra se transforma en política [...], en una política que entabla batallas en lugar de redactar notas diplomáticas” (Clausewitz, 2020, p. 235).

La diferencia cualitativa, el corte radical entre política y guerra, más que al uso mismo de la fuerza, se debe a cómo Clausewitz concebía la política. La excluyente inscripción o localización de la fuerza en el terreno de la guerra es más bien el síntoma, el resultado de la concepción de la política

... si consideramos la política como la inteligencia del Estado personificado [...]. Pero si el término política no es entendido como un conocimiento amplio de la situación, sino como la idea convencional de una aña gaza cautelosa, astuta y hasta deshonesta, contraria a la violencia. (Clausewitz, 2020, p. 26)

Se ha supuesto que la política une y concilia dentro de sí todos los intereses de la administración interna, incluso aquellos que la humanidad y todo aquello que

la razón filosófica pueda poner en evidencia, porque no es nada en sí misma, sino una mera representación de todos esos intereses en contra de otros estados. No nos interesa aquí el hecho de que la política pueda tomar una dirección errónea y prefiera fomentar un fin ambicioso, unos intereses privados o la vanidad de los gobernantes, porque en ninguna circunstancia el arte de la guerra puede considerarse como el preceptor de la política, sólo podemos considerar aquí a la política como la representación de los intereses de la comunidad entera. (Clausewitz, 2020, p. 234)

Aunque por momentos pueda incluir o ser equiparada a comportamientos descritos como desleales, demagógicos y hasta mezquinos, la política para Clausewitz tiene un cariz positivo, siendo el espacio donde la inteligencia del Estado, bajo la forma de un gobierno, es puesta en acción, brindando la argamasa y la armonización de la comunidad toda. Así pensada, la política no involucra dominación de la propia sociedad; no expresa conflictos, sino intereses comunes o fácilmente conciliables.

Asimismo, la política es asimilada a una piedra de toque de la guerra; no solo la dirige, sino que también la calibra, la orienta, la gestiona. De este modo, la guerra lleva incrustada, lacrada, la política:

... la guerra real no consiste en un esfuerzo consecuentemente que tiende hacia el último extremo, como debería serlo de acuerdo con la teoría abstracta, sino que es algo hecho a medias, una contradicción en sí misma; que, como tal, no puede seguir sus propias leyes, sino que debe ser considerada como una parte de un todo, y este todo es la política. (Clausewitz, 2020, p. 232)

Es justamente esta concepción lo que, por un lado, evita que la guerra sea considerada un ejercicio homicida en gran magnitud, sin límites,

con el propósito del exterminio del enemigo sin más. Y por el otro, constituye a la guerra en apéndice de la política. En definitiva, la política conforma el principio de inteligibilidad, tanto histórico como, fundamentalmente, sociológico, de la guerra.

Sin embargo, la hipótesis de Clausewitz es susceptible de observaciones críticas. La afirmación es contradictoria en sí misma, ya que una entidad cuya esencia es presentada como no violenta no puede, por definición, perseguir objetivos que demanden el uso de la violencia para su consecución, esto es, opuestos a su naturaleza. En la asimilación de la guerra a la política se muestra una divergencia sustantiva entre la naturaleza de los fines y los instrumentos. Esta contradicción transparenta la inviabilidad del supuesto no violento de la dimensión política sobre el cual se asienta la hipótesis. La diferenciación tácita entre política interna y externa reflejada en procedimientos opuestos del Estado, no violentos para la primera y violentos para la segunda, llegado el caso, es, además de arbitraria, resbaladiza⁶.

No obstante, es, paradójicamente, la propia hipótesis la que contribuye a vislumbrar y determinar el carácter real de la política. Al margen de la especificación cualitativa atribuida a la fuerza: un medio, no un fin, en la equivalencia misma entre guerra y política, se deja latente y hasta implícita, en cierto modo, la noción de que la política es conflicto, es imposición y sometimiento. Si la guerra está contenida en la política, esta involucra, en substancia, contradicciones, confrontaciones, en definitiva, violencia. Y fue, llamativamente, el propio Clausewitz (2020) quien, de algún modo, ayudó a observar esto cuando, refiriéndose al conflicto, indicó:

Sería mejor si [...] lo comparáramos con el comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la cual, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio a gran escala. Todavía más, la política constituye la matriz en que se desarrolla la guerra, dentro de la cual yacen esbozadas sus formas generales, al igual que las cualidades de las criaturas vivientes se contienen en su embrión. (p. 103)

... es sólo una parte del intercambio político y, por lo tanto, de ninguna manera constituye algo independiente en sí mismo. Sabemos [...] que la guerra sólo se produce a través del intercambio político de los gobiernos y de las naciones. (p. 231)

Si la política exterior ostenta la característica de tener inscrita también la fuerza⁷, ¿por qué la política interior habría de ser cualitativamente diferente? Resulta lógico afirmar que ambas, atendiendo al objetivo de la supremacía, involucran el empleo de la fuerza, aunque indiscutiblemente con variaciones de método, forma y grado, con modulaciones diferenciales de acuerdo a contextos de aplicación y circunstancias. Así, la aseveración: “la guerra y la paz son en el fondo conceptos que no pueden tener ninguna gradación” (Clausewitz, 2020, p. 230) se diluye, carece de aplicabilidad absoluta, sino que es más bien relativa⁸.

De esta manera, el contraste substancial entre objetivos y medios se desvanece y pasan a tener, unos y otros, compatibilidades medulares. De allí, pues, que los cortes, las separaciones, entre guerra y política sean más bien de orden cuantitativo –sin que ello signifique quitar el gran drama inherente a toda guerra–. Más aún, al ser el espacio político un lugar de conflictos, de empleo de fuerza y de dominio, guerra y política se confunden formando una gran paleta de tonalidades mixtas.

Por lo expuesto, aunque la guerra, tanto para Clausewitz como para Marx y Engels, quede subsumida a la esfera política o, directamente, sea política, lo que conforma a esta última es, básicamente, diferente: en el primer caso, la unidad y los intereses comunes de un Estado y una comunidad –postura tácitamente conservadora, en la medida que no cuestiona las jerarquías, el orden social–, mientras que, en el segundo, el conflicto y la dominación de clase. Estos factores establecen el clivaje entre ambas posiciones.

Por otra parte, la guerra posee, ontológicamente, una segunda particularidad: su carácter es instrumental. Es un medio para el logro de fines, no un fin en sí misma. Ello es compartido por Clausewitz (2020) y por el bloque Marx-Engels. Aunque ya indicado en su hipótesis, a modo de mantra, el primero señala: “la guerra sigue siendo todavía un medio serio para alcanzar un objetivo serio” (p. 23); “la guerra es sólo el instrumento” (p. 234), y desde un punto de vista más técnico-castrense: “para estar seguros de alcanzar este objetivo tenemos que desarmar al enemigo, y este desarme constituye, por definición, el propósito específico de la acción militar” (p. 8). Por su parte, Engels (1968), lacónicamente, afirmó: “la fuerza no es sino el medio” (p. 65).

Esta condición en común guarda gran importancia. Considerar la guerra un fin en sí misma significa, necesariamente, la matanza por la matanza misma: la guerra como una manifestación de algo así como una esencia asesina a nivel colectivo de la humanidad. De ser así, empíricamente, los grupos humanos deberían estar envueltos en combates permanentes a lo largo del tiempo, sin necesidad de causalidad alguna, por lo que la humanidad no

sería más que el paroxismo de la sociopatía. Sin embargo, aunque existen sociópatas, las guerras —al menos en términos estructurales— no son la consecuencia directa de sus actos, sino que responden tanto a condiciones de posibilidad como a causas históricamente concretas, registrables.

A pesar de que la guerra, en sus variadas manifestaciones, ha estado presente a lo largo de la historia, es mucho más que la guerra en sí. La guerra es parte del comportamiento social humano, no la totalidad del mismo; es una modalidad de relación social. Se podría decir, siguiendo a Clausewitz (2020) —y a riesgo de practicar cierto reduccionismo—, que las guerras estallan cuando los intereses contradictorios en pugna son de tal volumen que no pueden ser concertados de otro modo:

... constituye una acción de la relación humana. [...] no pertenece al terreno de las artes o de las ciencias, sino al de la vida social. Es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamiento de sangre y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. (p. 103)

Ambas posiciones contextualizan el fenómeno, lo ubican en circunstancias determinadas, no lo abstraen ni lo esencializan.

Esta segunda característica de la guerra puede ser considerada, o funciona, como una articulación entre la primera, su pertenencia, su espacio de origen, y la tercera, su objetivo. Pero la coincidencia cesa al ingresar a la postrera especificidad de la guerra. Como ha quedado transparentado, para Clausewitz (2020) la guerra tiene pura y exclusivamente un interés político: “el propósito político es el objetivo, mientras que la guerra constituye el medio, y nunca el medio cabe ser pensado como despo-

seído del objetivo (p. 25); “la guerra es un instrumento de la política; debe incluir en sí misma, necesariamente, el carácter de la política” (Clausewitz, 2020, p. 239).

En cambio, para Marx y Engels “la ventaja económica es el fin que se persigue” (Engels, 1968, p. 65). La acción bélica es, en términos generales, la canalización o traducción de objetivos, intereses, necesidades, contradicciones de orden material (productivos, comerciales). Más aún, las consecuencias de los conflictos también se expresan materialmente: desde la destrucción de la fuerza de trabajo y los medios de producción hasta los beneficios y perjuicios expresados, por ejemplo, tanto en anexiones y pérdidas territoriales como en cobro y pago de cargas económicas más o menos gravosas producto del triunfo o la derrota.

Como casos para ejemplificar, Marx (2007) se refiere, en primer lugar, a las imposiciones de Napoleón I mediante el tratado de Tilsit de 1807 y, en segundo término, a la guerra franco-prusiana. Indicó, respectivamente: “las condiciones del tratado eran extremadamente duras para Prusia, la cual se privaba de una parte considerable de su territorio” (p. 35) y “según las condiciones del tratado, Francia cedía a Alemania el territorio de Alsacia y la parte oriental de Lorena y le pagaba una contribución de guerra de cinco mil millones de francos” (p. 14), pago que, siguiendo a Engels (2006), dio “un formidable impulso a la joven industria; fueron ellos [...] los que trajeron después de la guerra un corto período de prosperidad” (p. 1).

Incluso, y al margen de los corolarios materiales, cuando la guerra manifiesta fines políticos —dominación, soberanía, hegemonía—, estos, en última instancia, se encadenan, directa

o indirectamente, a un determinado ordenamiento socioproductivo, ya fuese, por una parte, para conservarlo o, por la otra, expandirlo. Que un conflicto entre potencias con pretensiones imperiales terminara en una ofensiva contra la clase social explotada enfrentada a determinadas relaciones sociales de producción y al gobierno que las encarnaba sirve de ejemplo para el primer caso. La mencionada guerra franco-prusiana derivó en un ataque militar abierto por parte del Estado vencedor y ocupante (Prusia), en alianza con el Estado vencido y las clases hegemónicas que lo conducían, contra la clase social erigida en revolucionaria del país vencido (los obreros parisinos): “la conspiración de la clase dominante para aplastar la revolución por medio de una guerra civil montada bajo el patronato del invasor extranjero [...] culminó en la carnicería de París” (Marx, 2007, p. 94)⁹. Que en términos políticos la guerra fuera reaccionariamente supeditada a la lucha de clases demostraba la intensión de conservación del orden socioproductivo puesto en cuestión.

Para ilustrar el segundo de los casos, el de la guerra encadenada a la expansión de un determinado ordenamiento socioproductivo, esta el ejemplo de cómo los intereses comerciales y productivos de la burguesía inglesa fueron puestos de manifiesto en el dominio político-militar sobre la India. El imperialismo inglés, que obedeció a la necesidad de expansión del régimen productivo, trajo aparejado, para el país vencido y dominado, la desestructuración de su orden socioproductivo:

El invasor británico acabó con el telar de mano indio y destruyó el torno de hilar. Inglaterra comenzó por desalojar de los mercados europeos a los tejidos de algodón de la India; después llevó el hilo torzal a la India y terminó por invadir la patria del algodón con tejidos de algodón. (Marx, 2001a, p. 22)

Estas comunidades de tipo familiar tenían por base la industria doméstica, esa combinación peculiar de tejido a mano, hilado a mano y laboreo a mano, que les permitía bastarse a sí mismas. La intromisión inglesa, que colocó al hilador en Lancashire y al tejedor en Bengala, o que barrió tanto al hilador hindú como al tejedor hindú, disolvió esas pequeñas comunidades semibárbaras y semicivilizadas, al hacer saltar su base económica. (Marx, 2001a, p. 23)

En ello también se puede reconocer un razonamiento dialéctico: los intereses económicos ingleses se canalizaron políticamente mediante la guerra, lo que redundó en el aspecto económico-social: en el caso de la India, en su erosión, y en el caso inglés, en su potenciación.

Otro ejemplo de la injerencia de la guerra en la esfera socioproductiva y de la perspectiva dialéctica se observa¹⁰ en el siguiente extracto de Marx y Engels (1974):

El feudalismo no salió, ni mucho menos, ya listo y organizado, de Alemania, sino que tuvo su origen, por parte de los conquistadores, en la organización guerrera que los ejércitos fueron adquiriendo durante la propia conquista y se desarrolló hasta convertirse en el verdadero feudalismo después de ella, gracias a la acción de las fuerzas productivas encontradas en los países conquistados. (p. 75)

Lo que queda sintetizado en la aseveración:

Todas las conquistas suponen tres posibilidades: el pueblo conquistador somete al pueblo conquistado a su propio modo de producción (por ejemplo, los ingleses en este siglo en Irlanda y, en parte, en la India); o bien deja subsistir el antiguo y se satisface con un tributo (por ejemplo, los turcos y los romanos); o bien se produce una acción recíproca de la que nace una forma nueva, una síntesis (en parte, en las conquistas germanas). (Marx, 1982, p. 47)

El influjo de la práctica guerrera también puede expresarse, simultáneamente, en el mismo espacio político, y hasta en el social: las generalizadas excursiones privadas de rapiña entre los celtas y germanos hacia el final del Imperio romano y principios de la Edad Media, colateral y sincrónicamente, configuraron una modalidad específica de gobierno y el contenido de uno de los estamentos de las sociedades en formación:

Una institución favoreció el advenimiento de la monarquía: las mesnadas. [...]. Estas compañías particulares habían adquirido entre los germanos un carácter permanente. Un jefe guerrero famoso juntaba una banda de gente moza ávida de botín, obligada a tenerle fidelidad personal, como él a ella. El jefe se cuidaba de su sustento, les hacía regalos y los organizaba en determinada jerarquía; [...] constituían el germen de la ruina de la antigua libertad popular [...]. Porque [...] favorecieron el advenimiento del poder real y [...] no podían mantenerse en estado de cohesión sino por medio de continuas guerras y expediciones de rapiña, la cual se convirtió en un fin. Cuando el jefe de la compañía no tenía nada que hacer contra los vecinos, iba con sus tropas a otros pueblos donde hubiese guerra y posibilidades de saqueo [...]. Constituían el embrión de los futuros lansquenets, vergüenza y maldición de los alemanes. Después de la conquista del imperio romano, estas mesnadas de los reyes, con los siervos y los criados de la corte romana, formaron el segundo elemento principal de la futura nobleza. (Engels, 2012, p. 80)

Sin embargo, más allá de las mesnadas como fermento para la formación de la monarquía y la nobleza, de lo anterior se puede apreciar que la guerra mantiene la característica de instrumento de un interés material: “la guerra, hecha anteriormente sólo para vengar la agresión o con el fin de extender un territorio que había llegado a ser insuficiente, se libraba ahora sin más propósito que el saqueo” (Engels, 2012, p. 94). Y fue precisamente la

intensificación de las incursiones rapaces lo que llevó a Engels (2012) a denominarlas “una industria permanente” (p. 94). La acción guerrera por defensa y/o ampliación territorial degenera abiertamente, o en mayor medida que en tiempos precedentes, en una empresa comercial en la que se amalgama el pillaje y su alquiler, redundado en un interés material.

Otra muestra tanto del objetivo como de la influencia de la guerra se puede vislumbrar incluso en una guerra civil de grandes proporciones. La denominada Guerra de Secesión estadounidense propició la aceleración de la industrialización, configurándose, de esta manera, como catalizador del desarrollo industrial capitalista en aquel país:

Norteamérica se había visto [...] por la guerra civil de 1861, obligada a atenerse a sus propios recursos, tenía que hacer frente a una repentina demanda de productos industriales de todas clases y sólo podía hacerlo creando una industria interior propia. La demanda de guerra cesó al terminar ésta; pero la nueva industria estaba allí y tenía que dar batalla a la competencia de los ingleses. Y la guerra había hecho madurar en los Estados Unidos la conciencia de que un pueblo de treinta y cinco millones, capaz de duplicar su censo de población en cuarenta años a lo sumo, dotado de fuentes auxiliares casi ilimitadas y de todas clases y rodeado de vecinos que, durante años, se mantendrían apegados esencialmente a la agricultura, de que este pueblo tenía el “destino manifiesto” de hacerse independiente de las industrias extranjeras en cuanto a sus artículos de principal consumo, lo mismo en la paz que en la guerra. (Engels, 1966, p. 362)

Pero, más allá del espaldarazo brindado por la guerra a la industrialización, esta se pudo desenvolver como programa económico-productivo hegemónico luego del conflicto gracias al triunfo de la parte beligerante que la venía desarrollando en los estados propios. Es decir,

el vencedor impuso sus relaciones sociales de producción: el modo de producción capitalista propiamente dicho. Cabe indicar que los Estados Confederados se asentaban en un modelo exportador de materias primas, básicamente algodón, mediante mano de obra esclava, sin embargo, este esquema productivo, al ser proveedor de la industria inglesa, también los hacía partícipes del capitalismo global, aunque no en el rol protagónico que pretendían los Estados de la Unión.

De este modo, la industrialización, además de consecuencia, también era causa del enfrentamiento; este expresaba estructuralmente los intereses opuestos de las diferentes clases sociales hegemónicas pertenecientes a regímenes socioproductivos contrapuestos específicos. Para los vencedores, el orden socioproductivo se conservó y expandió al mismo tiempo, mientras que para los vencidos se desmanteló.

El esquema que ubica a la guerra dentro de la órbita de lo político y como un utensilio de lo económico también fue empleado por Marx y Engels para diferentes etapas histórico-productivas:

La primera forma de la propiedad es la propiedad de la tribu. [...] La esclavitud latente en la familia va desarrollándose poco a poco al crecer la población y las necesidades, al extenderse el comercio exterior y al aumentar las guerras y el comercio de trueque. (Marx & Engels, 1974, p. 21)

Los distintos pueblos sostenían incesantes guerras por la posesión de los mejores territorios y también, claro está, con la mira puesta en el botín, pues la esclavitud de los prisioneros de guerra era una institución reconocida ya. (Engels, 2012, p. 52)¹¹

Por parte del pueblo bárbaro conquistador, la guerra sigue siendo [...] una forma normal de comercio, explotada tanto más celosamente cuanto que, dentro del

tosco modo de producción tradicional y único posible para estos pueblos, el incremento de la población crea más apremiantemente la necesidad de nuevos medios de producción. (Marx & Engels, 1974, p. 22)

Estos extractos aluden a fases en las que el desarrollo de las fuerzas productivas era escaso y la apropiación de los frutos del trabajo ajeno se realizaba mediante mano de obra esclava. Esta era obtenida mediante la guerra: el guerrero hecho prisionero pasaba a ser un trabajador esclavizado; el "rito de pasaje" de la condición libre a la esclava era el apresamiento en función de la derrota en el campo de batalla.

Mas la guerra también proveía los territorios sobre los cuales se laboraría. En esta línea, la postrera de las transcripciones, de algún modo, sintetiza el rol general de la guerra enmarcada en el crecimiento poblacional de formaciones sociales asentadas en relaciones de producción caracterizadas por tecnología rudimentaria, trabajo esclavo y paulatino desplazamiento de la originaria propiedad comunitaria a favor del avance de la propiedad privada inmobiliaria: proveedora de fuerza de trabajo y de los medios de producción. La asimilación de la guerra al comercio resume alegóricamente el interés ganancial que la componía y movilizaba.

Ello se itera para el período manufacturero, embrión del capitalismo productivo, cuando las medidas proteccionistas y la vía diplomática habían sido agotadas

... las colonias comenzaron a convertirse en importantes consumidores y las diferentes naciones fueron tomando posiciones, mediante largas luchas, en el mercado mundial que se abría. [...] La competencia entre unas y otras naciones era eliminada, dentro de lo posible, por medio de aranceles, prohibiciones y tratados; en última instancia, la lucha de competencia se libraba y decidía por medio de la guerra (principalmente

la guerra marítima). La nación más poderosa en el mar, Inglaterra, mantenía su supremacía en el comercio y en la manufactura. (Marx & Engels, 1974, p. 66)

Ahora el comercio deja de ser una figura metafórica: es el estratégico y apodíctico fin perseguido –toda vez que es “a través de la venta de la mercancía como se realiza el plusvalor oculto en ella” (Marx, 2008, p. 691)–. De allí, pues, que el comercio en grandes dimensiones “adquiere una significación política” (Marx & Engels, 1974, p. 64): involucró políticas de Estado para la formación de monopolios comerciales, que establecieron y consolidaron, por un lado, relaciones de dominación política y dependencia económica y, por el otro, especialización en determinadas ramas productivas, lo que redundó tanto en la retroalimentación como en la potencialización de las relaciones sociales de producción metropolitanas. Y ello se hace más evidente con el advenimiento y posterior hegemonía del capitalismo industrial, precisamente en el país donde más se había desarrollado:

Y, como si no hubiera sido suficiente la protección arancelaria usual, vinieron las guerras libradas contra la Revolución francesa, que ayudaron a Inglaterra a asegurarse el monopolio de los nuevos métodos industriales. Durante más de veinte años, se encargaron los barcos de guerra ingleses de alejar a los competidores industriales de Inglaterra de sus respectivos mercados coloniales y de abrir por la fuerza estos mercados al comercio inglés. (Engels, 1966, pp. 359-360)

Las potencias europeas no escapaban a ello. Por caso, el imperialismo francés no solo daba cuenta de la rivalidad y competencia política con Inglaterra, sino que también se debía a la necesidad de nuevos mercados, mientras que, adicionalmente, canalizaba de modo violento

hacia el exterior las contradicciones políticas y sociales internas –aludiendo a Luis Napoleón, Marx y Engels (1971) indicaron: “practicó el terrorismo, reemplazando la revolución permanente por la guerra permanente” (p. 145)–.

En otros términos, el fenómeno político que representa el imperialismo, en última instancia, significaba, en las, a la sazón, flamantes relaciones sociales de producción, la apropiación de los frutos del trabajo ajeno tanto en las metrópolis como en las colonias, al tiempo que reducía estas al rol simultáneo de proveedoras de materias primas y consumidoras de mercancías industriales. El imperialismo, sentenció Marx (2007):

... es la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital. (pp. 66-67)

Así, la guerra imperialista, al expresar (consolidar, expandir) determinadas relaciones sociales de producción, constituye un instrumento de y para la dominación de clase inherente a la específica forma que adquieren tales relaciones. Pero estas últimas, desde la concepción materialista de la historia, no solo componen la base de la guerra, sino también de la lucha de clases –producto, a su vez, de las contradicciones entre el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y la forma de propiedad imperante¹²–. Marx (2000) lo explicitó:

... se nos ha reprochado el que no hayamos expuesto las relaciones económicas que forman la base material de la lucha de clases y de las luchas nacionales de nuestros días [...] el sojuzgamiento de la clase obrera, protagonista de febrero y marzo, fueron vencidos, al

propio tiempo, sus adversarios: en Francia, los republicanos burgueses, y en todo el continente europeo, las clases burguesas y campesinas en lucha contra el absolutismo feudal; que el triunfo de la “república honesta” en Francia fue, al mismo tiempo, la derrota de las naciones que habían respondido a la revolución de febrero con heroicas guerras de independencia; y, finalmente, que con la derrota de los obreros revolucionarios, Europa ha vuelto a caer bajo su antigua doble esclavitud: la esclavitud *anglo-rusa*. La batalla de junio en París, la caída de Viena, la tragicomedia del noviembre berlinés de 1848, los esfuerzos desesperados de Polonia, Italia y Hungría, el sometimiento de Irlanda por el hambre: tales fueron los acontecimientos principales en que se resumió la lucha europea de clases entre la burguesía y la clase obrera. (p. 1)

Esto es: la guerra y la lucha de clases no solo poseen el común denominador de la base material sobre la cual se erigen, sino que, una y otra, remiten, de algún modo, en mayor o menor medida, a ella.

Pero, al margen de la materialidad de la guerra y la lucha de clases, ambas son para Marx y Engels formas de violencia. Y aunque esta no fue definida, se puede decir que se trata de prácticas, o más bien relaciones, que ineludiblemente implican la utilización de la fuerza, de manera colectiva y en una escala social importante, y cuyo ejercicio ofrece cierta variedad de gradación, manifestándose en una miríada de circunstancias en que se inscribe la muerte como resultado. Al enmarcar la guerra dentro de la violencia nuevamente se hace palpable la diferencia de magnitud entre las propuestas del bloque Marx-Engels y la de Clausewitz.

Presentada de este modo, la violencia es algo así como una noción general que abarca y constituye un amplio espectro de, por un lado, procesos, tales como los de expoliación de los medios de producción y la coerción/coacción

laboral, en general, y otros más brutales, en particular, desarrollados por los regímenes imperiales colonialistas, con la correspondiente apropiación de las riquezas generadas. Se trata de algo así como la potencia económica de la violencia.

Por el otro lado del espectro del concepto de violencia están los enfrentamientos colectivos de gran tamaño, que van desde invasiones, conquistas, incursiones de saqueo y guerras propiamente dichas, hasta luchas de clases, pasando por revueltas, rebeliones y guerras internas¹³. Si bien en estos casos la potencia económica de la violencia está presente, también lo está la potencia política: la violencia como “un acto político” (Engels, 1968, p. 64).

Así, pues, la violencia también es básica e inmanentemente un medio, no un fin en sí misma. Y dentro de este carácter, tanto la guerra –eventualmente– como la lucha de clases constituyen el puente hacia otra organización social, superadora de la anterior. Se trata del potencial revolucionario. Marx (2001a), aludiendo, por un lado, a las impactantes y terribles modificaciones socioproductivas introducidas en la India por la dominación británica, describió a esta como “la más grande, y [...] la única revolución *social* que jamás se ha visto en Asia” (p. 23), y, por el otro, a la lucha de clases, citado por Engels (1968), sentenció:

Mas la violencia juega también otro papel en la historia, tiene un papel revolucionario: es [...] la partera de toda vieja sociedad preñada de otra nueva sociedad, es el instrumento con ayuda del cual el movimiento social se abre paso y rompe formas políticas muertas. (p. 75)

Pero como esta futura sociedad también descansará en relaciones sociales específicas

de producción, la guerra o la revolución que la propiciarían, a un tiempo, y en última instancia, mantienen su condición de herramientas para objetivos de orden material.

Por lo demás, esta función de la fuerza permite indagar acerca de la evaluación moral sobre la guerra tanto en Clausewitz como en Marx y Engels. Con relación al primero, no se debe perder de vista que parte del hecho consumado de la guerra y que su objetivo es especificar, en función de su formación teórica, pero, sobre todo, de su experiencia en el campo de batalla, cuáles son las medidas y decisiones necesarias para obtener el triunfo: la supremacía sobre el adversario. Clausewitz se ocupa pura y exclusivamente de la eficacia operativa en pos de la obtención del dominio y en tal sentido indica que la “brutalidad” debe ir acompañada de la “inteligencia”. La estrategia se concibe al servicio de infringir el mayor daño posible al enemigo:

Muchos espíritus dados a la filantropía podrían fácilmente imaginar que existe una manera artística de desarmar o abatir al adversario sin un excesivo derramamiento de sangre, y que esto sería la verdadera tendencia del arte de la guerra. Se trata de una concepción falsa que debe ser rechazada, pese a todo lo agradable que pueda resultar. En temas tan peligrosos como es el de la guerra, las falsas ideas surgidas del sentimentalismo son precisamente las peores. Siendo así que el uso de la fuerza física en su máxima extensión no excluye en modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que se sirva de esta fuerza sin miramiento ni recato ante el derramamiento de sangre habrá de obtener ventaja sobre el adversario, siempre que éste no actúe del mismo modo. [...] Forzosamente tenemos que darle al tema este enfoque, ya que tratar de ignorar como elemento constitutivo la brutalidad porque despierta repugnancia significaría una tentativa inútil o algo peor. (Clausewitz, 2020, p. 8)

De modo que el costo social —la muerte y demás consecuencias extremas— no formó

parte de su ámbito de preocupación y producción intelectual, lo que no significa necesariamente que no haya tenido algún juicio moral sobre la guerra.

Marx (2001b), por su parte, también deja de lado el costo social. Si se toma el citado caso del imperialismo colonial y capitalista inglés en la India, se puede observar que la dominación en sí misma no es discutida, sino que, en su lugar, Marx instala la pregunta acerca de qué dominio es preferible dada la escasa capacidad militar para hacer frente a los sucesivos invasores que la asolaron históricamente, los cuales presentan un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas incluso más bajo que el de la propia India. Y la respuesta es contundente: el imperialismo británico no solo es preferible, sino que también es deseable y hasta necesario, aunque por las potencialidades para la emancipación social que la introducción de las relaciones sociales de producción capitalistas presenta.

Marx no solo conoció, sino que también denunció la acción destructiva de la intromisión británica, sin embargo, ante el dilema de modalidades productivas diferentes opta por aquella que generaría las condiciones para el desarrollo de las fuerzas productivas, las cuales, a su vez, configurarían la base necesaria para la liberación definitiva de las clases explotadas. En consecuencia, el impacto social que, de alguna manera, el debate de orden moral expresa es relegado por el proyecto revolucionario:

No se trata [...] de si Inglaterra tenía o no tenía derecho a conquistar la India, sino de si preferimos una India conquistada por los turcos, los persas o los rusos a una India conquistada por los británicos.

Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión destructora por un lado y regeneradora por otro.

Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia. (Marx, 2001b, p. 48)

La explícita reflexión moral queda eclipsada por la necesidad, en el primer caso, de la victoria en un enfrentamiento entre Estados con pretensiones expansionistas, y, en el segundo, de la emancipación social producto de las contradicciones capitalistas. Aunque por motivos substancialmente diferentes, ambas miradas coinciden en dejar de lado la crítica moral sobre el costo social de la guerra.

Conclusiones

En los textos examinados del conjunto Marx-Engels la guerra no es el tema central, sino colateral o secundario. Y en tal sentido, es presentada como un hecho que, de alguna u otra manera, se encadena con la base material de las sociedades.

Si desde la filosofía de la historia propuesta por Marx y Engels las relaciones sociales de producción constituyen el principio ordenador para comprender el devenir de las sociedades, la guerra, en mayor o menor medida, queda supeditada o se corresponde con dichas relaciones; la guerra no puede escapar a la atracción gravitatoria de la materialidad de las formaciones sociales. Los conflictos se insertan en la trama de las contradicciones de orden económico que contextualizan a la guerra.

Pero ello no conlleva que la guerra sea un mero reflejo mecánico de la esfera económica ni que carezca de influencia sobre esta y otras dimensiones. Dando muestras de una metodología dialéctica, por ejemplo, Marx y

Engels señalan que las mesnadas medievales ayudaron a la formación del modo de producción feudal, como también a la organización política personificada en el rey y la nobleza como estamento preponderante.

Este punto de vista histórico y de contexto contrasta con el de Clausewitz, quien formuló un tratado específico. En este caso, la guerra no posee mayor densidad por fuera tanto de su dependencia de la política —en función de Estados que se enfrentan por intereses políticos contrapuestos— como de lo atinente a lo estrictamente militar. Otro contraste se manifiesta cuando Clausewitz establece una primera definición —provisoria— mediante una analogía que contiene la reducción del fenómeno colectivo a un duelo entre dos individuos. Esta caracterización es simplificadora y contradictoria con el método dialéctico, que en otros pasajes sí utiliza, en alguna medida.

Por otra parte, la guerra, para Marx y Engels, integra los dominios de lo político en tanto que este conlleva conflicto, dominio, opresión, supremacía. Para Clausewitz, la guerra también integra el mismo redil: el tratado es una reiteración de la idea de que la guerra es un fenómeno político, aunque se exprese mediante la utilización de la fuerza. Pero esta última “calificación” pretende indicar que lo político es una circunscripción en la que la fuerza no participa, por lo que en el ámbito interno se expresa mediante intereses comunes mientras que en el externo lo hace a través de la diplomacia. Sin embargo, en la caracterización se detecta una contradicción: si la política acude a la fuerza no puede ser un ámbito esencialmente no violento, sino que su naturaleza real es el conflicto, el dominio, la opresión y la supremacía.

Asimismo, tanto para el bloque Marx-Engels como para Clausewitz, la guerra no es un fin en sí misma, sino un medio; posee un inconfundible carácter instrumental. Y en tal sentido, si para los primeros el objetivo de la guerra circula en la órbita de lo material, para Clausewitz, en cambio, este es siempre político. Con todo, Marx y Engels integran la guerra bajo la idea general, aunque no la definieran, de violencia. Es decir, la violencia adquiere diversas modalidades, siendo la guerra una de ellas, mientras que la lucha de clases es otra. Y tanto la primera como la segunda hunden sus raíces en las relaciones sociales de producción.

Ahora bien, para estos pensadores materialistas, la violencia a través de, por un lado, ciertas guerras y, por el otro, la lucha de clases, al presentar corolarios socioproductivos y objetivos superadores, ostenta una fisonomía positiva ya que son el pasaje necesario hacia una sociedad emancipada. Y ello, finalmente, propicia que no la condenaran moralmente. Clausewitz, por su parte, tampoco formuló crítica moral sobre la guerra. Frente al hecho consumado, los primeros, llegado el caso, la presentaron como un factor que puede revolucionar las relaciones sociales de producción, por lo que puede fungir como un potencial emancipador para la clase explotada, mientras que Clausewitz se decanta por el pragmatismo de la necesidad de triunfo entre países que intentan someterse mutuamente.

Notas

¹ La idea de bloque o conjunto obedece a las síntesis comunes a las que, mediante sus enriquecedoras colaboraciones y complementaciones, llegaron Marx y Engels. Ello puede ser reconocido, en especial, en las obras producidas conjuntamente, pero también en las de elaboración individual que incluso, en algunos casos, luego de la muerte de Marx, fueron continuadas y finalizadas por Engels, y que conforman parte del insumo para el presente ensayo. Lejos de una concepción dogmática en lo teórico-metodológico, el concepto de bloque o conjunto refiere a una construcción común en virtud de puntos de confluencias.

² Marx y Engels, en *La ideología alemana*, emplean el término “base/s” —y sus derivados— para aludir a la esfera económica. Por ejemplo: en alusión a la antigua propiedad comunal y estatal (Roma), indicaron: “la esclavitud seguía siendo la base de toda la producción” (1974, p. 22); en referencia a los historiadores franceses e ingleses, señalaron que constituyeron: “los primeros intentos encaminados a dar a la historiografía una base materialista, al escribir las primeras historias de la sociedad civil, del comercio y de la industria” (1974, p.28); con relación a la “sociedad civil”, manifestaron: “el término sociedad civil en cuanto tal sólo se desarrolla con la burguesía; sin embargo, la organización social que se desarrolla directamente basándose en la producción y el intercambio, y que forma en todas las épocas la base del Estado y de toda otra supraestructura idealista, se ha designado siempre [...] con el mismo nombre” (1974, p. 38). Esta última transcripción tiene un valor adicional, ya que sirve

para mostrar que también emplearon el término “superestructura”, aludiendo con él tanto al Estado como a lo que caracterizaron como “ideología”. En ambos casos es aquello que se erige en términos teóricos por encima de la esfera material.

³ A modo de ampliación conceptual se debe tener presente que: “un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social, modo de cooperación que es [...] una “fuerza productiva”; que la suma de las fuerzas productivas accesibles al hombre condiciona el estado social y que [...] la ‘historia de la humanidad’ debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio” (Marx & Engels, 1974, p. 30).

⁴ El motor del cambio social desde el materialismo histórico puede ser reconocido tomando por ejemplo el paso del feudalismo al capitalismo: “al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, [...] las relaciones feudales de propiedad, no se correspondían ya con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas” (Marx & Engels, 2011, p. 37).

⁵ A lo largo de *La ideología alemana*, Marx y Engels utilizan los términos “pueblo” y “nación” de modo indistinto, haciendo referencia

a una población determinada, incluyendo su específica organización política. También es indistinto su empleo tanto en lo temporal—"pueblos antiguos"/"pueblos modernos"; "naciones antiguas"/"naciones modernas"— como en lo que hace al grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. Asimismo, en ocasiones, al término "nación" le otorgan un carácter más amplio al contraponerlo con el de localidad. "Comunidad", por su parte, es empleada en algunos casos en el mismo sentido que "pueblo" y "nación", una población que incluye la dimensión gubernamental, mientras que en otros refiere solo a una población donde la posesión de los medios de producción es común, diferente del Estado.

⁶ La porción violenta de la política exterior queda explicitada en función de los elementos estrictamente bélicos que involucra: "todas las circunstancias sobre las cuales descansa y que determinan sus características principales, es decir, nuestro propio poder, el poder del enemigo, los aliados de ambas partes, las características del pueblo y del gobierno respectivamente, etc." (Clausewitz, 2020, p. 232).

⁷ Si bien el análisis de Clausewitz se contextualiza en los enfrentamientos entre imperios europeos, de lo que se deduce que la dimensión guerrillera es inherente a todo imperio, dicho rasgo, en términos generales, está presente en todo Estado-nación moderno, incluso se puede pensar que es común a toda formación social a lo largo de la historia, y, por lo tanto, excede a los imperialismos.

⁸ Los genocidios perpetrados por las dictaduras militares son palmarios ejemplos de estas circunstancias.

⁹ Ello revela que, al menos para este caso, por un lado, para las clases dominantes, más importante que ganar la guerra, era conservar su hegemonía política y, por el otro, en última instancia, el enemigo era, más que nacional, de clase social, lo que, en última instancia, responde a la conservación del orden socioproductivo vigente.

¹⁰ En esta oportunidad se alude a la segunda "ley" de la dialéctica. Concretamente: la guerra y el modo de producción como elementos opuestos que se influyen recíprocamente—lo que no quita que alguno de ellos pueda tener preponderancia— dando lugar a una síntesis.

¹¹ Engels se refiere a los pueblos que habitaban la actual Grecia durante el período que denominaba prehistórico.

¹² Engels (1968) indicaba: "Mas allí donde, exceptuados los casos de conquista, el poder público de un país se opone a su evolución económica, como ha sucedido en un momento dado a casi todo poder político, la lucha termina siempre con la caída del poder político. Sin excepción; inexorablemente, la evolución económica se ha abierto camino; [...] notable ejemplo de ello: la Revolución francesa" (p. 75).

¹³ Marx (2008), en el capítulo XXIV: "La llamada acumulación originaria", ofrece una descripción de varios de los procesos y de las situaciones mencionadas.

Referencias bibliográficas

Clausewitz, K. (2020). *De la guerra*. Buenos Aires: Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

Engels, F. (1966). Proteccionismo y librecambio. En C. Marx & F. Engels, *Escritos económicos varios* (pp. 359-372). México: Grijalbo.

_____. (1968). *Anti-Dühring*. Madrid: Ciencia Nueva. Recuperado de <http://bolchetvo.blogspot.com/>

_____. (2006). *Contribución al problema de la vivienda*. Madrid: Fundación Federico Engels.

_____. (2012). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Moscú: Progreso. Recuperado de <http://www.marxists.org>

_____. (2020). *Dialéctica de la naturaleza*. Biblioteca Virtual UJCE. Recuperado de: <https://archivo.juventudes.org/textos/Friedrich%20Engels/Dialectica%20de%20la%20Naturaleza.pdf>

Marx, K. (1982). *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857*. México: Siglo XXI.

_____. (2000). *Trabajo asalariado y capital*. Biblioteca Virtual Espartaco. Recuperado de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/49-trab2.htm>

_____. (2001a). La dominación británica en la India. En C. Marx & F. Engels, *Acerca del colonialismo (artículos y cartas)* (pp. 18-25). Moscú: Progreso.

_____. (2001b). Futuros resultados de la dominación británica en la India. En C. Marx & F. Engels, *Acerca del colonialismo (Artículos y cartas)* (pp. 47-54). Moscú: Progreso.

_____. (2007). *La guerra civil en Francia*. Madrid: Fundación Federico Engels.

_____. (2008). *El capital*. México: Siglo XXI.

Marx, K. & Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Pueblos Unidos, Grijalbo.

_____. (1971). *La sagrada familia o crítica de la crítica crítica: Contra Bruno Bauer y consortes*. Buenos Aires: Claridad.

_____. (2011). *Manifiesto del partido comunista*. México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.